

MIGUEL DE UNAMUNO, LECTOR E INTÉRPRETE DE MAQUIAVELO

Miguel de Unamuno, reader and interpreter of Machiavelli

María MARTÍN GÓMEZ
Universidad de Salamanca

Fecha final de recepción: 15 de septiembre de 2013

Fecha de aceptación definitiva: 22 de octubre de 2013

RESUMEN: El propósito del presente artículo es elaborar un estudio comparativo de Miguel de Unamuno y Nicolás Maquiavelo a partir de la celebración del centenario de sus obras. Así, mientras que *El Príncipe* de Maquiavelo vio la luz en 1513, *Del sentimiento trágico de la vida* lo hizo en 1913. Lo más importante de esta coincidencia filosófica es que Miguel de Unamuno leyó a Nicolás Maquiavelo y lo citó en varias ocasiones a lo largo de su obra.

Palabras clave: Unamuno, Maquiavelo, interpretación, virtud, sentimiento.

ABSTRACT: The aim of this study is to make a comparative essay of Niccolò Machiavelli and Miguel de Unamuno after the centennial commemorations of their most representative philosophical works. Machiavelli's *The Prince* was released in 1513, Unamuno's *The Tragic Sense of Life* was published in 1913; however, more important than this coincidence is the fact that Miguel de Unamuno read and repeatedly cited Machiavelli in his writings.

Key words: Unamuno, Machiavelli, interpretation, virtue, sense.

El año 1513, en la más extrema necesidad y retirado de sus funciones políticas, Nicolás Maquiavelo redacta una obra, apasionada y reflexiva, que a la postre se tornaría fundamental para la historia de la filosofía europea. Lleva por título *De Principatibus* y, en este año 2013, celebramos su quinto centenario. Paralelamente, también en este año, conmemoramos la publicación de otra obra, de

voz inconfundible para nosotros, que llegará a ser considerada «piedra angular» en la historia de la filosofía española. Nos estamos refiriendo al *Sentimiento trágico de la vida*, de Miguel de Unamuno, que si bien su autor la había iniciado algunos años antes, no verá la luz, como libro, hasta el año 1913. A propósito de esta feliz coincidencia hemos decidido elaborar un estudio unitivo acerca de la influencia –si la hubiere– ejercida por Nicolás Maquiavelo en el pensamiento de Miguel de Unamuno y, en cualquier caso, analizar la interpretación que de esta obra filosófica llevó a cabo el antiguo rector de la Universidad de Salamanca. De ahí el título de esta exposición nuestra: «Miguel de Unamuno, lector e intérprete de Maquiavelo».

Italia está en el horizonte. Como el propio Miguel de Unamuno declara, Italia fue uno de los países que más atrajo su atención. Viajó por el país alpino al menos en dos ocasiones, se preocupó de modo insistente de la difusión y traducción de sus obras al italiano y leyó con asiduidad a los grandes poetas italianos (García, 1954). También a Maquiavelo. No en vano, el profesor Vicente González Martín, en su investigación sobre *La cultura italiana en Miguel de Unamuno*, afirma que «de entre los escritores italianos no contemporáneos a Unamuno, Maquiavelo, es, después de Dante, Mazzini y Leopardi, el escritor más citado por él» (González, 1978: 124). Sin embargo, como advierte el profesor Vicente González, la apreciación unamuniana de Maquiavelo no es, no podía ser, siempre la misma. Debido a su carácter cambiante y a su condición contradictoria y a veces puramente antinómica, Unamuno elogia a Maquiavelo al mismo tiempo que arroja diatribas contra lo que él considera el «maquiavelismo posterior». No obstante, como de lo que se trata ahora es de conmemorar el centenario de estos ilustres pensadores, quedémonos por el momento con los elogios unamunianos, para acaso más adelante, en una futura ocasión, volver a los juicios críticos. De todos modos, al lector interesado en estos matices, le recomendamos ponderadamente tomar como referencia el referido estudio de Vicente González, ya que González, además de ser el pionero que inició este relato, ofrece un análisis pormenorizado de estas relaciones entre Unamuno y Maquiavelo (González, 1978: 124-128).

De cualquier modo, la consideración que sentía Miguel de Unamuno hacia el filósofo renacentista queda reflejada en un artículo publicado en el diario *La Nación* (Buenos Aires, 3 de junio de 1915) y que lleva por título: «El caso de Italia». En este artículo, Unamuno no duda en aseverar que «hay que volver una vez por los fueros de la verdad y de la justicia y restablecer el prestigio moral del gran secretario florentino, ardentísimo y nobilísimo patriota, que substituyó la franqueza a la hipocresía gazmoña» (Unamuno, 1915). Parece, por tanto, probado que la admiración que Unamuno sentía hacia el pensador florentino se basaba, sobre todo, en la sinceridad, a veces muy cruda, con la que escribía Maquiavelo. Frente al cinismo y la hipocresía dominante, Unamuno quiere ver en Maquiavelo una figura distinguida, capaz de expresarse libremente, sin ataduras de simulación o fingimiento, siempre dispuesto a imaginar un futuro renovado para Italia. En ese sentido, Unamuno dice de él que «podrá llamársele a Maquiavelo cínico, pero nunca hipócrita. Y su cinismo fue un nobilísimo cinismo. La diplomacia maquiavélica es la de la claridad, la de la eficacia, la

que no se envuelve en tercerías de una untuosa moralidad de doble sentido» (Unamuno, 1915)¹.

Esta valoración unamuniana de Maquiavelo estaba mediada por la lectura que tiempo atrás había efectuado, el propio Unamuno, del libro de Pasquale Villari titulado *Niccolò Machiavelli e i suoi tempi* (3 vols., 1914). Los tres volúmenes de esta obra, que aún hoy se conservan en la biblioteca personal del rector de Salamanca, nos dan una muestra clara de su frecuente lectura y continuado manejo, por cuanto ya en la página 511 del primer volumen puede advertirse cómo Unamuno subraya con marcas al margen la idea de que Maquiavelo, por su figura y carácter, encarna el modelo de los «uomini onesti», reconociendo en él un «*vero patriotismo*» y una «profonda convinzione». Y lo mismo se observa en el segundo volumen, cuando Unamuno señala otra cita en defensa de Maquiavelo y la evitación de un supuesto cinismo en su doctrina. Maquiavelo, nos dice, no tiene reticencias deliberadas, tampoco segundas intenciones. De hecho, «no hay ningún hombre menos maquiavélico que Maquiavelo» (Villari, 1912: 343).

Llama la atención el hecho de que Unamuno destaque como cualidades personales la sinceridad y rectitud de Maquiavelo, pues como él mismo escribe en *Del sentimiento trágico de la vida*, Maquiavelo ya nos hizo saber «que quien quiera engañar encontrará siempre quien deje que le engañe» (Unamuno, 1913: 318). Es más, cuando Unamuno lee por primera vez *El Príncipe* de Maquiavelo, no se resiste a anotar, al lado de esta señalada cita, el antiguo proverbio latino sobre la astucia: *mundus vult decipi* (Maquiavelo, 1907: 104)². El aforismo no dejará de ser recordado y repetido por don Miguel, de manera que podemos encontrarlo reproducido no sólo en *Del sentimiento trágico de la vida*, sino también en discordantes artículos sobre el engaño del mundo («A uno de tantos: El mundo quiere ser engañado»), la sinceridad y el fingimiento («La sinceridad del fingimiento») o la ambición («Breve diálogo sobre la ambición») (González, 1978: 124). (Quedaría para el análisis crítico la sospecha

¹ En un artículo anterior (1914), a propósito de los entusiastas de Italia, Unamuno ya había dicho que «hay también el italófilo, que defiende a Maquiavelo y sostiene que la mejor parte, es decir, el que debe llevarse lo más posible con el menor riesgo es el más listo, no el más arrojado ni el que tenga más razón. Y a la vez defiende lo que él llama el noble civismo como opuesto a la vergonzosa hipocresía. Y habla de la obra gloriosa de la unidad italiana, de Cavour, de otros muchos tópicos en alabanza del pueblo italiano, tan ágil en inteligencia, tan consciente de su gloriosa misión histórica» (UNAMUNO, 1966: 1247).

² Citamos por la edición que se conserva en la biblioteca personal de Miguel de Unamuno ya que el ejemplar contiene notas autógrafas de Unamuno, aunque para la traducción al castellano nos servimos de la versión de Ángeles Cardona. Junto a esta anotación al margen del libro, cabe destacar otros apuntes que toma Unamuno tras la lectura del *Príncipe*. Al final del ejemplar de su Biblioteca se encuentran reseñadas las siguientes cuestiones. «Campeggiare = sitiar. P. 117. Línea 8. Campeador». Ver capítulo XIX «De qué modo se debe evitar ser despreciado y odiado» (MAQUIAVELO, 1907: 117 y el reverso de la página 157).

razonable –tesis– de si no constituye también el fundamento de toda la trama de *San Manuel bueno, mártir*).

De todos modos, a partir de esta interpretación, Unamuno celebra sobre todo la originalidad del pensamiento moral en el filósofo florentino. La «eficaz moralidad» de Maquiavelo, que puede captarse fielmente en la evocada obra *El Príncipe*, ha sido una de las líneas argumentales observables en las interpretaciones más influyentes de la filosofía teórica de Maquiavelo, habiendo sido ampliamente desarrollada por el profesor José Luis Fuertes (Fuertes, 2014). Si es verdad que al separar la virtud clásica de la política se rompe con la tradición medieval teocrática, entonces *El Príncipe* de Maquiavelo bien puede considerarse una de las primeras obras de la filosofía moderna que anticipan la eficacia en el discurso político. A este respecto, no es de extrañar que el propio Unamuno dejara escrito en *Del sentimiento trágico de la vida*, que Maquiavelo «abrió la Edad Moderna», una época que, pese a su modernidad –en opinión de don Miguel– «acabará cómicamente» (Unamuno, 1913: 317)³.

Mucho se ha hablado de la modernidad de Maquiavelo (Gramsci, 2012). Con todo, si podemos ver en él, en su obra, un punto de partida hacia la modernidad es porque, como sostiene Cassirer (1947), Maquiavelo reemplazó la antigua teocracia escolástica por un nuevo concepto de soberanía. Frente a la fragmentación de su época, Maquiavelo propone la unidad. De ahí ese especial *patriotismo* del que nos habla Unamuno. Tiene su razón el pensador salmantino. El siglo XVI es para Maquiavelo un siglo favorable en Italia. Es el momento de la unificación. Por eso su puesta en marcha no ha de demorarse. Antes bien, debe hacerse de inmediato: «no se debe, pues, dejar pasar esta ocasión, es decir, la de que Italia, después de tanto tiempo, vea a su redentor» (Maquiavelo, 1907: 146).

En una conferencia –todavía inédita–, impartida recientemente por el catedrático Cirilo Flórez a propósito del *Príncipe* de Maquiavelo, el profesor salmantino resaltaba esta misma posición⁴. Según Cirilo Flórez, lo más relevante de la teoría política del *Príncipe* de Maquiavelo tendría que ver con la aplicación práctica de sus principios –teóricos– de raíz aristotélica. (Unamuno habla también de cierto pragmatismo). Frente a la asimilación de conocimientos, la significación del *Príncipe* no radicaría tanto en la mimesis de los ejemplos aducidos, sino en la facticidad de su aplicación. Por esta razón, el libro de Maquiavelo puede entenderse como un tratado clásico basado en el concepto de *kairós* (oportunidad), un concepto originario que tal vez mejor caracteriza el tiempo histórico de los humanos. El sabio político es ahora el que sabe aprovechar la ocasión, el que no deja pasar la oportunidad y, por

³ Las palabras de Unamuno aclaran su posición: «Pero Don Quijote oye ya su propia risa, oye la risa divina, y como no es pesimista, como cree en la vida eterna, tiene que pelear, arremetiendo contra la ortodoxia inquisitorial científica moderna por traer una nueva e imposible Edad Media, dualística, contradictoria, apasionada. Como un nuevo Savonarola, Quijote italiano de fines del siglo XV, pelea contra esta Edad Moderna que abrió Maquiavelo y que acabará cómicamente».

⁴ Conferencia pronunciada en el Congreso *Imágenes del tiempo* celebrado en Salamanca los días 20, 21 y 22 de marzo de 2013.

este motivo, Maquiavelo entiende que la situación histórica que vive Italia, en su momento, es la única propicia para Lorenzo de Medici. La sabiduría de Lorenzo de Medici consiste entonces en «saber prever» para poder prevenir y, también, tomar las decisiones –oportunas– de acuerdo a los reveses de la fortuna. Todo esto queda reflejado en el capítulo final titulado precisamente «Exhortación para apoderarse de Italia y liberarla de las manos de los bárbaros», en el que Maquiavelo, llegado al término de su tratado, nos ofrece la siguiente reflexión:

Considerando, pues, todas las cosas mencionadas anteriormente, y pensando para mis adentros si ahora, en Italia, es el momento indicado para que un príncipe nuevo sea ensalzado, y si existen las circunstancias que den ocasión, a uno prudente y valeroso, de introducir una nueva forma que le honrara a él e hiciera la felicidad de los italianos, me parece que concurren tantas cosas en beneficio de un príncipe nuevo, que no sé si habrá nunca un momento más adecuado para esto (Maquiavelo, 1907: 141-142).

Este fragmento citado sugiere al menos dos consideraciones. La primera de ellas nos lleva a la toma de conciencia que tiene el propio Maquiavelo del carácter innovador y atrevido de su doctrina política. Maquiavelo sabe que está rompiendo con la tradición magisterial de la filosofía medieval y por eso mismo reconoce expresamente que su propuesta representa una «nueva forma» de hacer, un nuevo arte. En segundo lugar, es importante incidir en el hecho, y el propio Maquiavelo se muestra convencido, de que «esta nueva forma» de hacer repercutirá en la felicidad de todos los italianos y por esta razón Unamuno no duda en interpretar esta obra *principal* de Maquiavelo como el trabajo de un «nobilísimo patriota».

Pero no se queda ahí la interpretación de don Miguel. En su artículo de 1915, redactado a propósito de la intervención de Italia en la guerra, Unamuno declara que ya desde los tiempos de Dante surgió en Italia un sentimiento de unidad que ha venido erigiendo el «ideal de inspiración» de todo el pensamiento artístico italiano. Sostiene Unamuno: «Todos los grandes artistas, todos los grandes hombres de ciencia, todos los grandes estadistas, todos los grandes pensadores, todos los grandes poetas italianos –y los ha tenido como el pueblo que más y mayores– se inspiraban, sabiéndolo o sin saberlo, en el sentimiento, en el ensueño de la unidad» (Unamuno, 1915). Seguramente no le falta razón a don Miguel ya que *El Príncipe* de Nicolás Maquiavelo se cierra precisamente con estos enardecidos versos del poeta Petrarca que quieren invocar el valor y la unidad de Italia (Maquiavelo, 1907: 146).

Virtù contro a furore
Prederà l'arme; e fia el combatter corto:
Ché l'antico valore
Nelli italici cor non è ancor morto⁵.

⁵ «El valor contra el furor / Empuñará las armas, y será corto el combate / Porque el antiguo valor / Todavía no ha muerto en el corazón de los italianos».

Con todo, lo que nos interesa destacar de esta interpretación es que su autor, don Miguel de Unamuno, hace referencia a un «sentimiento» que consideramos concepto clave en la obra *Del sentimiento trágico de la vida*. Como se sabe, y así nos lo hace notar el propio Unamuno, el libro *Del sentimiento trágico de la vida* está cimentado sobre un problema «existencial», inseparable de la propia existencia del hombre. La obra parte «del único verdadero problema vital, del que más a las entrañas nos llega, del problema de nuestro destino individual y personal, de la inmortalidad del alma» (Unamuno, 1913: 8). Desde esta perspectiva, Unamuno interpreta el tratado de Maquiavelo como el producto de un hombre de «carne y hueso», atormentado también por sus ansias de inmortalidad. Recuérdese aquel conocido pasaje de *Del sentimiento*: «La filosofía es un producto humano de cada filósofo, y cada filósofo es un hombre de carne y hueso que se dirige a otros hombres de carne y hueso como él. Y haga lo que quiera, filosofa, no con la razón sólo, sino con la voluntad, con el sentimiento, con la carne y con los huesos, con el alma toda y con todo el cuerpo. Filosofa el hombre» (Unamuno, 1913: 32).

Así las cosas, *El Príncipe* de Maquiavelo es para Unamuno una obra que responde a unas necesidades concretas del «hombre» Maquiavelo, y es ahí donde una vez más, la íntima biografía de los autores es la que «más cosas nos explica» (Unamuno, 1913: 6)⁶. Es verdad. En un artículo titulado precisamente «Maquiavelo o de la política», Unamuno destaca, sobre todo, la fama inmortal alcanzada por el secretario y pensador florentino. Comienza Unamuno este artículo sobre Maquiavelo con estas palabras expresas:

¡Admirable pensador y sentidor, y, por consiguiente, admirable escritor Maquiavelo! Pensaba lo que sentía y sentía lo que pensaba. Fue un hombre de pasión, ya que no de pasiones. Y abrigó, sobre todo, la pasión maestra del Renacimiento italiano, la de la gloria, la de la inmortalidad terrestre. Ya que no pudo o no supo hacer actos que le pusieran entre los dioses, que perpetuaran su espíritu en la historia, escribió y comentó lo que otros hicieron. No fue un Aquiles, pero sí un Homero. Y los Aquiles viven por los Homeros (Unamuno, 1966: 1109)⁷.

Ahora bien, cabe preguntarse, ¿fue realmente Maquiavelo ese «sentidor» de fama eterna? ¿En verdad es *El Príncipe* una obra oportuna, propia de un hombre de «carne

⁶ Escribía Unamuno al inicio de su obra: «En las más de las historias de la filosofía que conozco se nos presenta a los sistemas como originándose los unos de los otros, y sus autores, los filósofos, apenas aparecen sino como meros pretextos. La íntima biografía de los filósofos, de los hombres que filosofaron, ocupa un lugar secundario. Y es ella, sin embargo, esa íntima biografía, la que más cosas nos explica».

⁷ Más adelante, en este mismo artículo Unamuno retoma esta idea y añade: «Olgiate, nuevo pagano y atormentado de hambre y sed de gloria, murió exclamando: *La muerte es amarga, pero la fama perpetua; quedará la vieja memoria del hecho*. Y este sentimiento sabía sentirlo Maquiavelo. Y como sabía sentirlo, sabía pensarlo. Y como sabía pensarlo, sabía narrar los hechos que tal sentimiento inspirara» (*Ibid.*).

y hueso» que abrigó la inmortalidad terrestre? Si leemos atentamente la dedicatoria que Nicolás Maquiavelo brinda a Lorenzo de Medici, comprobaremos que el apunte de Unamuno es en todo caso acertado ya que allí encontramos la primera referencia biográfica imprescindible para entender al político florentino. Dice Maquiavelo a este respecto: «No os puedo ofrecer nada mejor que el hacer posible que comprendáis, en poco tiempo, todo lo que yo, a los largo de muchos años de fatiga y expuesto a toda clase de peligros, he aprendido» (Maquiavelo, 1907: 12-13). Es pues, el hombre Maquiavelo, sufridor y sintiente, el que escribe este tratado.

Después, si continuamos con la lectura de este prólogo, observaremos que Maquiavelo confiesa a Lorenzo de Medici que su deseo principal es verle «llegar a la cumbre que vuestro destino y vuestras cualidades prometen» (Maquiavelo, 1907: 14). Pero el filósofo italiano no duda en aseverar de inmediato que «si Vuestra Magnificencia se digna bajar los ojos a ver la humillación a que me han reducido, comprenderéis cómo he soportado las injusticias que la adversa *fortuna* me ha hecho experimentar» (Maquiavelo, 1907: 14). Es decir, que si bien es cierto que Maquiavelo quiere ayudar a Lorenzo de Medici en su logro, también pretende que se le restituya luego en sus puestos y honores, para conseguir así su gloria particular. Parece por tanto oportuno interpretar que el antiguo secretario de Florencia no quería verse alejado de sus funciones, y no debemos olvidar tampoco que, cuando en 1527, los Medici son expulsados de Florencia, Maquiavelo no tiene reparos en intentar recuperar su antiguo cargo con el nuevo gobierno en aras de su propia gloria.

Una vez más, nos parece importante volver a la lectura que hizo Unamuno del libro de Villari *Niccolò Machiavelli* con el fin de comprender la interpretación unamuniana. En el primer volumen de esta obra, Unamuno enfatiza, con marca de lápiz, que la moral (el arte de gobernar, de controlar y de dominar) es para Maquiavelo –como para todo su siglo, en general– un negocio del todo individual y personal (Villari, 1914: 512). Por este motivo, la virtud de Maquiavelo se opone en realidad a la virtud cristiana. Frente a la piedad y la bondad de la virtud cristiana, la virtud pagana es portadora de «gloria» e «inmortalidad», conceptos que Unamuno subraya en el segundo volumen de esta obra (Villari, 1914: 512). Para consolidar esta interpretación, basta con observar de nuevo las marcas de lectura que hace Unamuno en su ejemplar del *Príncipe*.

En su lectura, Unamuno se detiene precisamente en el ejemplo aducido por Maquiavelo al inicio del capítulo XXI con respecto a Fernando de Aragón. Ejemplo que también subraya en el libro de Pasquale Villari (1914: 400-401). Fernando de Aragón, rey de España, se ha dejado guiar, según Maquiavelo, por la astucia y la fortuna. Más que por el saber y la prudencia, Fernando de Aragón se mueve por impulsos de gloria individual. Así, aunque es el primer rey de la Cristiandad, Maquiavelo dice de él que ha recurrido a una «devota crueldad», expulsando y despojando a los moros de su reino. Por este motivo, Maquiavelo no duda en escribir que «No puede ser este ejemplo más miserable ni más extraño» (Maquiavelo, 1907: 126). El ejemplo no pasa desapercibido para Unamuno, quien no deja de pensar en el «inmortal anhelo de inmortalidad».

A partir de aquí, Miguel de Unamuno nos demuestra que Maquiavelo también está pensando en su gloria personal cuando redacta *El Príncipe*. Maquiavelo añora su papel de secretario y al no conseguir estos propósitos individuales, Maquiavelo busca esa fama inmortal en otras diligencias. En un momento dado de su artículo «Maquiavelo o sobre la política», Unamuno aventura estas otras consideraciones que explican su posición: «A lo que no llegó el secretario florentino es a lo que llegaron otros políticos; no llegó ni a los puestos públicos a que el frío, ponderado y exacto Guicciardini. Pero ¿es que no *llegó*? ¿Es que eso es acaso *llegar*? ¿Y es que Maquiavelo era político? ¡Creador de la ciencia moderna, sí; pero político, no!» (Unamuno, 1966: 1110). Parece entonces que para Unamuno la clave de la celebridad de la obra *El Príncipe* está en la intención del propio Maquiavelo. «Maquiavelo era un escritor, un literato, aún más: un poeta, un verdadero poeta. Su tratado *El Príncipe* es todo un poema» (Unamuno, 1966: 1110). Frente al político, que por momentos hace literatura, Maquiavelo se convierte en el literato que hace política. «¿Hemos de desdeñar por eso a los hombre de letras, los más propiamente llamados intelectuales, la gestión de negocios públicos, la política?», se pregunta don Miguel (Unamuno, 1966: 1111)⁸. Al contrario. Según la propia respuesta de Miguel de Unamuno debemos aceptar sus consejos, emplearlos para el bien común, pues sus obras pueden ser de gran provecho público.

Seguramente, el autor del *Príncipe* compartiría esta misma opinión, pues en la dedicatoria de su tratado, Maquiavelo deja bien claro el papel privilegiado que debe tener el intelectual. Frente al teólogo o el jurisconsulto, que durante la Edad Media han aconsejado al Príncipe, en pleno renacimiento italiano, es hora de reivindicar el papel y la objetividad del intelectual. Según las propias palabras de Maquiavelo: «Así como los que pintan un paisaje se sitúan en los valles para divisar mejor la composición de los montes y, por el contrario, eligen las alturas cuando han de apreciar la naturaleza de un valle, para conocer el espíritu de un pueblo es necesario ser príncipe, y para conocer a un príncipe es obligatorio pertenecer al pueblo» (Maquiavelo, 1907: 13). Es decir, para poder «pensar la política» hace falta tener cierta distancia, separarse de su objeto, aun cuando —como enseña la hermenéutica— también podamos comprender el fenómeno al estar afectados por él. Por este motivo, a Unamuno le parece que la importancia de la obra de Maquiavelo reside en el tono homérico, en lo que Maquiavelo tiene de Homero, en su forma única de entender la política y contar la historia. Porque aunque no es político, Maquiavelo es capaz de hacer política. Por

⁸ Como el propio Unamuno reconoce, mientras escribe este artículo acaba de ser elegido concejal en Salamanca y como hombre de letras entiende que debe «ir al Concejo a servir los intereses públicos y a contribuir a que la administración del Municipio sea lo más inteligente y más honrada y más noble posible», pero también sabe que muchos de sus compañeros de Concejo pasarán a la posteridad si él logra inspirarse en ellos para algún personaje de sus novelas. De todos modos, parece que de nuevo fue el libro de Villari el que le sirve de inspiración. Al final del tercer volumen, Unamuno escribe algunas notas que desarrollará en este artículo (literato intelectual, entusiasmo literario, etc.).

eso, «en Maquiavelo y en otros poetas así, hay que ir a estudiar política» (Unamuno, 1966: 1112).

Ahora bien, nos preguntamos: ¿qué política vamos a encontrar en Maquiavelo? ¿Qué entiende por «política» Miguel de Unamuno cuando dice que Maquiavelo es el creador de la «ciencia política moderna»? Para comprender la respuesta unamuniana a estas cuestiones hay que retomar de nuevo la obra centenaria de Unamuno. En los últimos capítulos de su libro *Del sentimiento trágico de la vida*, Unamuno cita expresamente a Maquiavelo al referirse ahora a la ciencia política. En una de estas referencias, Unamuno explica que la ciencia política no versa necesariamente sobre la virtud moral y pone a Maquiavelo como ejemplo de lo que expone. Aunque Maquiavelo especuló hondamente sobre la *virtù*, no contempló únicamente la virtud moral. ¿Qué debemos entender entonces por *virtù*? La respuesta de Unamuno es clara: «la eficacia práctica» (Unamuno, 1913: 310).

Esta definición unamuniana casa sin lugar a dudas con las interpretaciones que desde la filosofía (Hegel) y desde la política (Napoleón) se han hecho sobre *El Príncipe* de Maquiavelo. El *Príncipe* de Maquiavelo puede leerse como un manual renacentista sobre el oficio del gobernante a quien lo único que le cabe esperar es tener virtud. ¿Virtud moral? No, eficacia práctica: arte de decidir, maestría en la anticipación, destreza en el saber prevenir o habilidad en el manejo de la fortuna. En el capítulo XXV titulado «Cuánto dominio tiene la fortuna en las cosas humanas, y de qué modo podemos resistirla», Maquiavelo previene al Príncipe de los avatares de la fortuna y expone cómo algunos príncipes son «alabados hoy y destituidos mañana, sin que se le haya visto mudar de naturaleza ni de cualidades» (Maquiavelo, 1907: 144). ¿Por qué sucede esto? ¿Por qué le sobrevienen los mismos infortunios al Príncipe que cumple las normas morales que al que no? Porque la fortuna actúa así, es como un «río fatal» que cuando se embravece lo inunda todo. A esta fatalidad del río Maquiavelo ofrece una balsa de salvación. Aunque la fortuna sea árbitro de la mitad de nuestras acciones y no podamos hacer nada ante ella, hay otra mitad de nuestras acciones que nos corresponde gobernar a nosotros.

No me es desconocido que muchos tenían y tienen la opinión de que las cosas del mundo son gobernadas de tal modo por la fortuna y por Dios, que los hombres con su prudencia no pueden corregirlas, e incluso que no tienen ningún remedio. [...] Sin embargo, como nuestro libre albedrío no está anonadado, juzgo que puede ser verdad que la fortuna sea el árbitro de la mitad de nuestras acciones pero que también ellas nos dejan gobernar la otra mitad, aproximadamente a nosotros (Maquiavelo, 1907: 143).

¿Cuándo podemos resistir los avatares de la fortuna? ¿Cuándo interviene la fortuna como un río embravecido? La solución de Maquiavelo es fácil de presagiar: cuando la fortuna «no encuentra virtud que se le resista» (Maquiavelo, 1907: 138). Ahora bien, la virtud que puede resistir a la fortuna no tiene por qué ser la virtud moral de raíz cristiana. Como él mismo ha explicado, al hombre moral, al Príncipe que no ha mudado sus cualidades morales y se apoya por entero en la fortuna, también le

suceden los mismos reveses. Por eso, la virtud de Maquiavelo es eficacia práctica, saber ver la oportunidad, el kairós. Es la capacidad de juzgar y anticiparse a la fortuna.

En el caso de Italia esta situación de «oportunidad histórica» se hizo patente en el siglo XVI. Para Maquiavelo, exactamente con el regreso de Lorenzo de Medici. Aunque algunos historiadores piensen que la suerte de Italia ya estaba echada, Maquiavelo escribe que «si consideráis Italia, que es la sede de estos cambios y la que les da impulso, veréis que es una campiña sin diques y sin ninguna defensa: que si hubiera estado defendida con la conveniente virtud, como Alemania, España y Francia, la inundación de tropas extranjeras que sufrió no habría ocasionado las grandes mudanzas que experimenta» (Maquiavelo, 1907: 138). Como puede observarse, tal y como señaló Unamuno, para Maquiavelo no es relevante la posible «moralidad» o «inmoralidad» de Italia. Lo único que puede salvar a Italia es su eficacia práctica.

Así las cosas, cuando Unamuno se pregunta a sí mismo en *Del Sentimiento trágico de la vida*: «¿Es la virtud ciencia? ¿Es la ciencia virtud? Porque son dos cosas distintas...». No duda en responder «puede ser ciencia la virtud, ciencia de saber conducirse bien, sin que por eso toda otra ciencia sea virtud. Ciencia es la de Maquiavelo, y no puede decirse que su *virtù* sea virtud moral siempre. Sabido es, además, que no son mejores ni los más inteligentes, ni los más instruidos» (Unamuno, 1913: 296).

No sabemos si estos dos autores fueron los más instruidos o los mejores en el momento que les tocó vivir, pero sabemos con certeza que dos de sus obras principales (*El Príncipe* de Maquiavelo y *Del Sentimiento trágico de la vida* de Miguel de Unamuno), precisamente las que hoy conmemoramos, alcanzaron esa inmortalidad que ambos pensadores ansiaban.

BIBLIOGRAFÍA

- CASSIRER, E. 1947. *El mito del Estado*. México: FCE.
- FUERTES, J. L. et al. 2014. *La teoría filosófica de las pasiones y de las virtudes del humanismo escolástico*. Porto: Húmus.
- GARCÍA, M. 1954. «Italia y Unamuno». *Archivum: Revista de la Facultad de Filología*, 4, pp. 183-219.
- GONZÁLEZ, V. 1978. *La cultura italiana en Miguel de Unamuno*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- GRAMSCI, A. 2012. *Il moderno Principe*. Roma: Donzelli.
- MAQUIAVELO, N. 1907. *Il Principe*. Firenze: Sansoni.
- UNAMUNO, M. 1913. *Del sentimiento trágico de la vida*. Madrid: Renacimiento.
- UNAMUNO, M. 1915. «El caso de Italia». *La Nación*, 3 de junio. (Casa Museo Unamuno: CMU 4/121).
- UNAMUNO, M. 1966. *Obras completas*, vol. IX: *Discursos y artículos*. Madrid: Escelicer.
- VILLARI, P. 1914. *Niccolò Machiavelli e i suoi tempi*. Milano: Ulrico Hoepli, 3 vols.